

Los Pedroches y el mar

ANTONIO MERINO MADRID

UNA serpenteante carretera que se muestra insolentemente firme lleva hasta una llanura, en la cima, que es una parábola del tiempo. Desde allí se ve la torre metálica de un repetidor de televisión que sirve las imágenes de la modernidad a los habitantes de la comarca de Los Pedroches. Orgullosa porque se sabe mirada por la técnica, mira con altanería a otra torre, llamada ésta de la Cárcel, que poco a poco se desploma, sin remedio, ladera abajo. Es parte del Castillo de Miramontes, en Santa Eufemia. Un castillo de legendarios orígenes árabes que fue morada condal en la época de esplendor de los señoríos y que hoy se desvanece piedra a piedra ante la mirada impávida de los recién llegados.

Es un doloroso ejemplo más del estado de olvido y abandono en que se encuentra una buena parte del patrimonio histórico de Los Pedroches y una nueva evidencia de la, al parecer, imposible conciliación entre tradición y modernidad. Y, por encima de todo, una alegoría de la destrucción que, vestida de progreso, acecha ya sin remedio a Los Pedroches (de los cuales nunca sabremos si realmente llegaron a existir), para volver una vez más, quien sabe ahora hasta cuándo, a convertirse en valle.

El fangoso empeño por presentar a Los Pedroches como una región armoniosa y cálida, no siéndolo, ha triunfado, animada este vez por un poeta demasiado agradecido. Tras la frustrada revolución cultural del 87 y las algaradas de los alcaldes en abril (¡abril!) del 88, la autocomplacencia ha llegado de nuevo a las instancias oficiales, convencidas quizás de que en la comarca más al norte del sur todo es como aparece en los periódicos. Pero al menor soplo, los paisajes impresionistas se convierten en surrealistas, la ancestral placidez en monotonía y conformismo, la sencillez en simpleza, la sabiduría natural en incultura. Porque este nuevo cántico del "beatus ille" no tiene más remedio que terminar otra vez con la grotesca aparición de un Alfio que vuelva al revés todo lo dicho, y entonces no habrá más opción que apelar de nuevo a la resignación como característica genética de los hombres de esta tierra.

Pero, contrariamente a lo que



ROGELIO

"La torre de Pedroche se abre en dos, sin remedio".

suele afirmarse, la resignación no es una constante histórica de Los Pedroches. La historia de estos pueblos está llena de rebeliones y luchas por la independencia, de gestos de inconformismo ante la realidad impuesta, de acciones tendientes a conservar sus derechos a toda costa, enfrentándose a la corona si ello era necesario. La resignación vino después, mucho después, casi al final. Precisamente cuando empezaron a instaurarse en la comarca las estructuras socioeconómicas (artificiales, en buena parte, y mucho

menos benéficas de lo que se pretende) hoy imperantes y por las que tanto comienza a llorarse ya.

Porque, tras años de resignación, un nuevo fantasma recorre Los Pedroches, de la mano esta vez de los cupos lácteos: la autocompasión. Como viejas plañideras que nada más saben hacer, las gentes de Los Pedroches lloran añorando desde un futuro imaginario un pasado que nunca ha sido brillante, deseando permanecer en la mediocridad aprendida antes que dar el salto a un futuro que se presenta con

perfiles ambiguos, pero que difícilmente podría ser peor de lo que hoy vivimos, y esperando que todas las soluciones vengan de fuera, incapaces de luchar lo suficiente. A la omnipresencia de una llamada cooperativa se suma la falta de iniciativa y la inseguridad en sus propias dotes de quienes, en general, no se atreven a afrontar con riesgo lo que haya de venir. Es la representación tragicómica de la miseria interior, de quienes no admiten los aires de innovación que ponen en peligro una sociedad basada en el inmovilismo.

Ahora, los alcaldes preparan la mascarada de una mancomunidad turística. Pero se olvidan de que el castillo de Belalcázar se desploma, cerrado a cal y canto, que el de Santa Eufemia rueda ladera abajo, que la torre de Pedroche se abre en dos sin remedio, que la ermita de San Gregorio de Villanueva del Duque sólo ofrece ya el esqueleto, que los yacimientos celtibéricos y visigodos de Alcaracejos son expoliados diariamente, que el Puente de la Dehesa de Añora fue destruido por el Ayuntamiento y sigue agonizando, que no existe ningún museo público en toda la comarca, que el urbanismo incontrolado ha destruido buena parte de las estructuras arquitectónicas autóctonas y en los campos amenaza al encinar, que la extracción salvaje de arenas está acabando con el paisaje de adelfas ribereñas, que los nauseabundos olores del Guadarramilla, contaminado por la que llaman ciudad entre nuestros pueblos, producen vómitos al pasar, que desaparecen ante nuestros ojos tradiciones que perduraron a través de los siglos y hoy mueren víctimas de una estandarización demasiado consentida, que...

Probablemente muchas personas nunca han subido a las alturas del Miramontes y no saben que, en los días claros, desde allí se contempla uno de los paisajes más impresionantes que imaginarse puedan: el mar tierra adentro. Es el mismo que, cuando decides salir (¿huir?) de Los Pedroches, y te vas, ves desde Puerto Mochuelo. Un mar de encinas que es de color verde. Pero ya no es el verde de la albahaca ni el verde del trigo verde, sino el verde que te quiero verde, el verde de la luna. El de la muerte.